

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 27, 30 – 28, 7): *Perdona la ofensa de tu prójimo.*

Salmo (102, 1b-4.9-12): *«El Señor es compasivo u misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia»*

2ª lectura (Romanos 14, 7-9): *Si vivimos, vivimos para el Señor.*

Evangelio (Mateo 18, 21-35): *No te digo hasta siete, sino a hasta setenta veces siete.*

Nuestra humanidad no se deja transformar plenamente y se rebela. Y así, a veces sin querer y a veces con pleno conocimiento y plena libertad, nos lastimamos unos a otros. Me parece claro que todos avanzamos por la vida con cicatrices y a veces con heridas abiertas. Unas han sido efecto de las refriegas normales del crecimiento, pero otras, se nos han infligido de manera más o menos consciente. No somos pocos los que, hablando en alguna conversación privada, decimos o nos dicen, a veces hasta con lágrimas en los ojos: “Eso no lo puedo olvidar”, o bien: “Eso no lo puedo perdonar”.

¿Olvidar? Por supuesto que hay cosas que no se pueden olvidar. Y hay ofensas que nos han calado tan hondo, nos han hecho tanto daño, que será imposible poderlas olvidar. Hasta el final de nuestros días, esas memorias se revolverán en nuestro corazón, y nos harán sentir nuevamente la rabia, la impotencia al no poder rehacer nuestra historia, volver atrás y corregir esos momentos, borrarlos y librarnos para siempre de su recuerdo.

Pero no, no se puede olvidar. Y nadie nos puede pedir eso. Tampoco se puede regresar en el tiempo. Tenemos que aprender a vivir con esa cicatriz que a veces nos vuelve a doler. Cuanto más grave es la ofensa, tanto más difícil es el perdón. Mi mente se siente inundada por las preguntas: ¿Por qué lo debo perdonar? Si está arrepentido de veras, puede ser, pero ¿y si no es así? ¿Y si reincide una y otra vez? ¿Y si me toma la medida? ¿Y si no se lo merece? Mientras más lo pienso desde el ángulo de mi ofensor, menos me parece que deba perdonarlo. Pero, por otra parte, no perdonar es vivir con el rencor. Es permitirle al odio que se adueñe de mi corazón. Es amargarme la existencia a mí mismo.

Y si empiezo a pensar en mí, veo que me es más conveniente perdonar. Tal vez perdonar sea regalarle al otro algo que no se merece, pero sobre todo es regalarme a mí mismo algo que necesito para poder vivir en libertad.

Mientras yo no perdono, mi corazón estará atrapado en las redes del rencor y cuando perdono de veras, mi corazón recuperará su libertad. Quizás esta sea ya una razón suficiente para hacer un esfuerzo por perdonar a quienes nos ofenden, el número de veces que sea necesario.

La clave del mensaje que la Palabra de Dios nos trae en este domingo es el perdón, el discípulo de Cristo se tiene que distinguir por su capacidad de perdonar, la comunidad de discípulos, la Iglesia, tiene que ser una comunidad donde reine el perdón entre todos sus miembros, pues si el mandamiento nuevo es el mandamiento del amor, el primer paso hacia el amor es el perdón.

Veámos en la primera lectura que ya en las sentencias de los sabios del AT contenidas en el libro del eclesiástico son una exhortación al perdón, pues el rencor y la ira son cosas de pecadores. Quien no es capaz de perdonar, cae en la venganza y el vengativo no pertenece a la sabiduría de Dios. El sabio es el que es capaz de perdonar, nos recuerda la primera lectura: *«Perdona la ofensa a tu prójimo y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas»* y esto nos lleva indudablemente a la oración de Jesús: *«Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»*. No se puede ser discípulo de Jesús si alimentamos el rencor y el odio.

Jesús, en este mismo evangelio, anuncia a Pedro que es la piedra sobre la que edificaré mi Iglesia, la Iglesia se está edificando y es Jesús quién la edifica y en este capítulo 18, el evangelista está dando las claves que da Jesús para la construcción, la edificación de la comunidad. Una de estas claves, quizá la más importante es el perdón. Pedro se dirige a Jesús: *«Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?»*. Pregunta para superar la medida de los rabinos que admitían perdonar hasta tres veces. Como el número siete indica plenitud, lo que pregunta Pedro es: ¿hay que perdonar siempre? Jesús va más allá y le corrige: *«hasta setenta veces siete»*, ahora ya no es cuestión de cantidad sino de calidad, es perdonar siempre y totalmente, incluso sin esperar el arrepentimiento.

Con esta parábola del siervo cruel, el evangelista nos hace ver la grandeza del amor de Dios. Vemos como Jesús siempre ofrece el perdón, antes que nada, antes incluso del arrepentimiento, recordemos los casos del parálitico descolgado por el tejado o la historia de Zaqueo. Jesús ofrece el perdón y este produce la conversión, es el hacer visible el modo de ser de Dios. La bondad de Dios es, antes que nada; su amor es, antes que nada.

Esta conversión que nos produce el amor de Dios no puede limitarse a una actitud interior nuestra, sino que tiene que traducirse en que también nosotros tenemos que perdonar sin esperar nada a cambio nuestro perdón tiene que ser total, incluso antes de que nos pidan perdón. Porque el mensaje de Jesús en esta parábola no es que Dios actuará según actuemos nosotros, sino que nosotros tenemos que actuar como Dios actúa con nosotros. Quizá podemos concluir con la frase de las bienaventuranzas: sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso.